

CAYETANA. LA MADRE DEL NUEVO MONTE

Merceditas Elordi (Mar del Plata, Buenos Aires)

MENCIÓN

PERSONAJES

Cayetana (65 / 70)

Marcela (22)

Rafael (35)

/

Un lugar en el norte santafesino. Tiempo presente. Apenas una luz fría ilumina un taller de costura en estado de abandono. Hay una gran ventana, pero nada se ve a través de ella.

Marcela: Aquí estoy, en un lugar lleno de bolsas de ropa que nadie reclama. Ropa que no es de nadie, que no calienta ningún cuerpo, porque no saben que existe. Qué pena. Hay algunas máquinas, también, que ya nadie usa. Podría evitar que el polvo y la telaraña cubran los pocos muebles y trastos que hasta hace nada de tiempo estaban llenos de historia. Llenos de vocales y consonantes, de palabras, de frases, tantas que no había lugar para nada más porque hasta el hueco más chico estaba ocupado con nombres y fechas. Yo, que soy nadie, me llamo Marcela. Nadie me ve, ni me escucha, nadie me abraza ni me olvida, porque no me recuerda. Ser nadie tiene sus ventajas, porque no debes nada, pero es mentira que nada duele ni que nadie pueda lastimarte. Eso sí pasa cuando sos nadie. Sin embargo, tengo memoria y este nombre que me suena desconocido, nombre anónimo, sólo necesita que alguien lo pronuncie.

Se ilumina el espacio. Una luz cálida entra por la ventana. En off se escucha la voz de Cayetana.

Cayetana: ¡Marcelaaaaaa!

Marcela recorre el espacio.

Cayetana: ¡Marcelaaaa!

Marcela se sienta, comienza a cortar una tela que hay sobre la mesa. Cayetana entra. Trae en sus manos una maceta con un incipiente arbolito.

Cayetana: Pensé que no estabas. ¿Sos sorda?

Marcela: ¿Quién, yo?

Cayetana: Sí, vos. ¿Quién más está acá?

Marcela: Nadie.

II

En el precario taller de costura hay montones de telas y bolsas apiladas. Cayetana y Marcela trabajan sobre una mesa donde hay una máquina de coser, moldes, tijeras. Por la gran ventana entra luz que ilumina intensamente un diminuto arbolito de quebracho colorado que crece en una maceta. Cuando la luz se corre, Cayetana mueve la maceta para que siga iluminada. Cayetana dirige su relato a un pequeño grabador que tiene en la mesa de trabajo. Esto lo hace mientras, mecánicamente, cose. Cada tanto se da algún pinchazo, ya que su atención está en el relato y no en sus labores. Cuando Cayetana cuenta una historia, lo hace como si estuviera leyendo un libro de aventuras. Marcela está muy concentrada en el trabajo, apenas escucha fragmentos de lo que relata Cayetana. Por la ventana se puede ver el paisaje llano, el cielo, el paso del tiempo, el día y la noche.

Cayetana: Tiró la moneda al aire y sin quitarle la mirada de encima, mientras la moneda tardaba en caer le dijo “cara aromito, cruz zapirandí” La moneda cayó y Laureano la pisó antes de ver si había salido cara o cruz. Sin dejar de mirarlo, porque los ojos de uno

parecían clavarse en los ojos del otro, sacó una navaja del bolsillo y le hizo un tajo al arbolito que chorreó su leche blanca. ¡Zapirandí!, le dijo, y hay para los dos. Ángel sacó de su bolsillo una bolsita arrugada y sucia, desató los nudos y le mostró el tesoro, un puñado de hojas y semillas de aromito que compartió en la mano extendida de su compañero. “Tenga, por aquí no hay”. Ángel y Laureano tomaron su hacha y marcharon juntos.

Marcela: ¿Y la moneda?

Cayetana: *(Fastidiada, apaga el grabador.)* No me interrumpas. Valía por un pedazo de toro viejo.

Marcela: ¿Vivo?

Cayetana: Muerto. Se la quedó Ángel.

Marcela: ¿Y Laureano?

Cayetana: Y... no había para los dos. ¿Ya está?

Marcela asiente con la cabeza y sigue trabajando. Cayetana vuelve a encender el grabador.

Marcela: Me estoy haciendo.

Cayetana: *(Interrumpiendo la grabación que no había comenzado.)* ¡Pero será de Dios!

Marcela: ¿Me tenés la puerta?

Cayetana: ¡Qué manía tenés con la puerta!

Marcela: No cierra bien.

Cayetana: Estamos solas.

Marcela: Teneme la puerta.

Cayetana se para desgana. Las dos van hacia la puerta del baño. Marcela entra y Cayetana se apoya en la puerta. El olor es insoportable.

Marcela: ¿Por qué no usas el celular para grabar?

Cayetana: Yo me entiendo.

Marcela: Te enseño. ¿Dónde aprendiste todo eso, “contadora”?

Cayetana: De mi mamá. ¡¿Qué comiste?! Y ella de la suya... o de los hermanos, tuvo como cinco. Va a venir el ingeniero y con este olor no lo podemos recibir.

Marcela: *(Asomándose.)* ¿Qué ingeniero?

Cayetana: Rafael, quién va a ser.

Marcela: Ay, Caye no me podés decir esto ahora. No seas hija de puta. Mirá si viene y justo estoy cagando.

Cayetana: Mejor, así sabe que la del olor sos vos. Porque si no, obvio que va a decir “se cagó la vieja”.

Marcela se vuelve a encerrar en el baño.

Marcela: Y el Laureano ese, quién era.

Cayetana: Uno.

Marcela: Pero quién era.

Cayetana: Un hachero, era. *(Suelta la puerta, va rápido a buscar el grabador y vuelve a sostener la puerta mientras relata.)* De la cabeza chorreaba tierra, como un río de tinta oscura. Tenía la piel tan pero tan curtida que cuando sudaba parecía que se le caía a lonjas. Había aprendido a hacerse una especie de turbante con hojas de palma y vieras cómo se las ingeniaba, que le había atado unas espigas de paja que le caían por la espalda, y así, sólo con mover un poco la cabeza, se espantaba los piques, polvorines, tábanos, mosquitos, jejenes y cuanto bicho le guste la sangre, hasta garrapatas y mosca brava. Y así no gastaba su fuerza en espantarlos. Más de una vida se han llevado esos malditos.

Marcela: Como que te vas a morir porque te pique un tábano.

Cayetana: *(Resignada, apaga nuevamente el grabador.)* Uno no. Miles, millones. Se han visto bolas de bichos correr por el monte devorándose algún alma. Y por debajo de ese enjambre se oía una voz finita rogando a Dios que le mande un chorlito solitario. ¡Pero no! Pobre alma en pena. A tanto bicherío junto no hay con qué darle, se envalentonan, compiten, a ver quién le chupa la última gota de sangre. Y así, poco a poco la vocecita esa se va apagando... los bichos se van yendo... y ya está. Pero Laureano era inteligente, sabía cómo defenderse.

Se escuchan varios intentos de descargar el depósito del baño.

Marcela: No hay agua.

Cayetana: Uhh, se rompió otra vez.

Marcela: Andá a buscar agua.

Cayetana: *(Soltando la puerta.)* Andá vos, hacete cargo de lo tuyo. Tirá lavandina.

Marcela: ¡No hay!

Cayetana: Uh... no se va más el olor. Va a venir Rafael y acá no se puede estar.

Marcela: No me hagas esto.

Cayetana: Mío no es.

Marcela sale con urgencia y a medio vestir del baño. Mientras se acomoda la ropa abre la ventana y ventila.

Marcela: Por favor, Caye. Trae un balde con agua.

Cayetana: Traelo vos.

Marcela: Mirá si justo viene y me ve.

Cayetana sale desganada. Marcela mueve la puerta ventilando el ambiente. Cayetana vuelve con el balde y tira el agua en el inodoro.

Cayetana: *(Desde el interior del baño.)* Fuaaaa... quién diría que de una chica tan linda salga semejante...

Marcela: ¡Basta!

Cayetana: Ya está. Igual, el olor no se va a ir.

Cayetana pone en un hornito unas ramitas de yuyos y palo santo. Comienza a ahumar todo el ambiente, mientras Marcela agita el aire para que salga de la habitación. Cayetana sale. Desde afuera grita.

Cayetana: Buenas, Rafael, lo estábamos esperando... No entre todavía hasta que se vaya el olor de... ¡Marcela! ¡Llegó el ingeniero!

Marcela se desespera. Se arregla la ropa, ventila, se sienta simulando que está trabajando. Cayetana entra y se sienta para seguir con sus tareas. Marcela la mira, mira la puerta. Luego de un instante se para y va hacia la puerta, mira hacia afuera.

Marcela: Qué hija de puta.

Cayetana: Más respeto que puedo ser tu madre.

Marcela: Mala persona.

Las dos mujeres ríen y se relajan. Retoman su tarea. Un tiempo. Se escuchan palmadas.

Rafael: ¡Buenas! ¿Se puede?

Cayetana: Ahora sí. ¡Pase Rafael!

Entra Rafael, un joven ingeniero agrónomo. Al entrar dirige la mirada a Marcela, que apenas saluda, y a la plantita que está en la maceta. Se tapa sutilmente la nariz con un pañuelo descartable.

Rafael: Permiso.

Cayetana: Disculpe el desorden y... Bueno, pase... Tome asiento, ¿quiere tomar algo?

Rafael: No, no. No tengo mucho tiempo. Vine porque me quedaba de paso, y no quería fallarle, ya que tanto me insistió.

Cayetana: Muchas gracias.

Rafael: Usted dirá.

Cayetana hace lugar sobre la mesa de trabajo y trae la planta con mucho cuidado. La señala con orgullo.

Rafael: ¿Es esta?

Cayetana afirma con la cabeza. El ingeniero mira la planta con detenimiento.

Marcela: Se le puso que esta plantita es un quebracho colorado.

Rafael: *(Mirando la planta.)* Y... sí, puede ser.

Cayetana: Puede ser no, yo necesito que usted me lo asegure.

Marcela: Decile si es o no es quebracho colorado, así se queda tranquila.

Cayetana afirma con la cabeza. El ingeniero mira la planta, la analiza.

Rafael: Eh... sí, podría ser. Hace mucho que no veo un...Y menos así, tan chico, ¿no? Es que ya no hay en la zona, no estoy tan familiarizado, pero sí, puede ser... Sí, sí, le diría que sí. ¿Y por qué no le pregunta al que le vendió las semillas?

Cayetana: No lo planté yo.

Rafael: ¿Y cómo llegó a la maceta?

Cayetana: Lo trasplanté.

Rafael: ¡Raro! Se cultiva para reforestar, pero lleva mucho cuidado.

Cayetana: Brotó de la tierra misma, como un milagro. Justo al lado del puente roto de La Sarnosita que es un yuyal y cada tanto lo limpio, porque si no, no se va a ver más y no lo van a arreglar.

Marcela: *(Mirando hacia afuera y hablando por lo bajo.)* No lo van a arreglar.

Cayetana: Ahí lo encontré. Al principio dudé, pero enseguida me di cuenta que no era un yuyo común, era distinto, así que le empecé a limpiar alrededor, para que no le compitan otros yuyos, hasta que creció.

Marcela: Sí, pero contale, contale lo que hiciste. No lo va a creer.

Cayetana: Nada del otro mundo. Le hice un cerquito bien alto para protegerlo del viento, le puse unos tientos para ahuyentar los pájaros.

Marcela: ¡Decile que montaste guardia días enteros para que no se lo coman los bichos!

Cayetana: Exagera. Y cuando estaba más crecido, lo pasé a la maceta, para cuidarlo mejor. Y creció mucho, acá, al reparo y con bastante sol.

Rafael: Bueno, la felicito. Cayetana, usted es muy... devota... o no sé cómo decirle. Abnegada, abnegada es la palabra. Ha criado un quebracho colorado saludable. *(Marcela aplaude y Cayetana sonríe orgullosa.)* ¿Por qué no lo dejó en el suelo?

Cayetana: Para cuidarlo mejor.

Rafael: Pero echa raíces grandes, Cayetana, no va a tenerlo en una maceta.

Cayetana: Va a estar donde esté yo.

Rafael: Si quiere le puedo traer semilla de otros arbolitos que crezcan más rápido, el quebracho es de crecimiento lento.

Rafael se acerca al arbolito y se inclina queriendo levantar algo.

Cayetana: Menos confianza, que no le di permiso.

Rafael: ¿Puedo?

Cayetana: ¿Qué cosa?

Rafael: Me gustaría llevarme algunos frutos para estudiar.

Cayetana: Nada que estudiar.

Marcela: ¿A ver? ¿Esos son frutos? No parecen. *(A Cayetana.)* ¿Qué te cuesta?, si hay un montón.

Rafael: Por favor, Cayetana. Le prometo que se los traigo de vuelta.

Cayetana: De aquí nadie se lleva nada. Esto es propiedad privada.

Rafael: Es que... *(Mira cada vez acercándose más.)* parece que todos tienen semilla.

Cayetana: Y sí...

Rafael: No, no... Es una rareza. Primero: Es un ejemplar muy joven para dar frutos, y segundo: esta especie, a pesar de tener los dos sexos en el mismo individuo...

Marcela: ¡Cómo va a tener sexo! ¿Las plantas tienen sexo?

Rafael: A lo mejor estamos ante una subespecie, o mejor, ante una nueva especie. Si usted me permite estudiar el ejemplar va a estar haciendo una contribución a la ciencia.

Marcela: Dale, Cayetana, no seas así.

Cayetana: ¡Que no!

Marcela: *(A Rafael, mirando a Cayetana.)* Hoy tiene un mal día. ¿Te quedás a tomar algo?

Rafael: Tengo que hacer.

Marcela: ¿A caminar un rato? Así me seguís enseñando lo de los árboles, y eso.

Rafael: Bueno, un rato. Hasta luego, Cayetana. La felicito.

Cayetana: Gracias. *(Mientras Marcela y Rafael van saliendo.)* Y disculpe el olor. Estoy descompuesta. *(Le habla a la planta.)* Ya vas a ver lo lindo que se ha puesto Fortín Olmos. Han asfaltado la principal y está progresando, aunque hay mucho cultivo gringo, como anunciaba Genaro. Un visionario, Genaro. Parece mentira, *(Enciende el grabador.)* es el mismo lugar donde la intrepidez de Laureano entró al monte dominio del indio a filo de machete, donde por cada golpe de hacha caía una lágrima que sembraba la furia del hombre sin justicia.

Cayetana apaga el grabador, satisfecha. Se prepara para salir. Al salir, se lleva la planta.

III

Entra Marcela al taller. Busca señal con el celular. Entra Cayetana, deja la planta frente a la ventana.

Marcela: ¿Sabés que la flor es el órgano sexual de las plantas? Y a que no sabés qué significa “dioico”.

Cayetana: Mirala... Tan interesada en la botánica...

Marcela: Me interesa.

Cayetana: El ingeniero te interesa.

Marcela: Me enseña cosas y a mí me gusta. ¿Qué tiene?

Cayetana: Enhorabuena.

Marcela: *(Leyendo en el celular.)* “Botánica. Que tiene las flores unisexuales en tallos y troncos separados” *(Dejando el celular.)* Re interesante, no lo sabía y seguro que vos tampoco. *(Retoma el trabajo.)* Fijate cómo quedaron las babuchitas de algodón. Re linda la tela, me gusta así en tonos pasteles. Llevé la muestra a la Soler y les gustó mucho, así que encargaron varias. Y los gorritos con visera también, nos están encargando para adultos,

negros y camuflados quieren. Para el lunes. Ahí anoté los pedidos en el cuaderno, y cobré lo que entregamos la semana pasada.

Cayetana: ¿Para el lunes?

Marcela: Antes las hacemos, antes cobramos.

Cayetana: Tiempo al tiempo, qué tanto apuro.

Marcela: No sé vos, pero yo necesito la plata.

Cayetana: Necesitar, necesitamos todos, pero yo tengo otras cuestiones que atender.

Marcela: ¡El hijo! ¿Le pusiste nombre?

Cayetana: Benito.

Marcela: ¿En serio le pusiste nombre? Yo te pregunté en broma.

Cayetana: Muy en serio, Benito.

Marcela: ¿Y por qué no Benita?

Cayetana: Es “un” quebracho.

Marcela: Es “una” planta.

Cayetana: Me haces dudar.

Marcela: Preguntale... ¿cómo es?... ¿Cómo se dice?... Cómo se autopercibe.

Cayetana: ¿Qué?

Marcela: Nada, llamala como quieras. Para mí es Benita. Mirá que sos loca.

Cayetana: No hago mal a nadie.

Marcela: Bueno, pero Benita ya está, sólo la tenés que regar y ponerla al sol. Ahora dedicate un poco más a esto porque me estás dejando bastante sola desde que estás con ese asunto. Tendríamos que pensar un nombre para la marca, ¿qué decís?

Cayetana: Sí.

Marcela: ¿Qué nombre?

Cayetana: Si llego encontrar otra las pongo juntas...

Marcela: La marca, Caye.

Cayetana: ¿Qué?

Marcela: Nada. (*Tiempo en silencio.*) Me dijo que soy linda. Bonita, me dijo. Y me acarició así (*Se acaricia el cabello, el cuello, las mejillas.*) Creo que le gusto.

Cayetana: ¡Ojo! Mirá que yo a estos los conozco. Están un tiempo y se van y si te he visto no me acuerdo.

Marcela: No se te puede decir nada.

Cayetana: Te lo digo por experiencia. Vienen, están un tiempo y se van, y si te descuidas, te dejan preñada.

Marcela: No son todos iguales.

Cayetana: No digo eso. Pero acá la vida es muy tranquila, ya sabés. Allá viven a lo loco, corriendo todo el día, entonces cuando están acá, no tienen otra cosa que hacer.

Marcela: Me encantaría vivir así.

Cayetana: ¡Qué decís! Tienen la cabeza así, todos enojados, peleados, atropellados.

Marcela: Y acá, aburridos.

Cayetana: Por eso te digo, vienen acá y se la pasan cogiendo, y después se van. Si lo sabré yo.

Marcela: Rafael no es así.

Cayetana: No sé, debe tener algo el monte, como un embrujo, porque acá la gente se reproduce y se reproduce, no paran de tener hijos, como Laureano.

Marcela: Otra vez Laureano.

Cayetana: Tuvo como nueve hijos, un despropósito. Pobrecito, murió de viejo a los treinta y cinco, no daba más de los huesos, la espalda encorvada, las piernas flacas. La pobre Antonia vivía preñada.

Marcela: Lo más lejos que estuve de Fortín Olmos fue Villa Guillermina.

Cayetana: Y así fue que nacieron primero Marcelino y Vicente. De chiquitos ayudaban a Antonia a limpiar las marañas alrededor del tronco de quebracho, para que después

Laureano lo hachara. Claro que ellos no cobraban nada. Y ya a los diez se iban con su padre al monte. Marcelino tenía once y Vicente catorce cuando los asesinaron en la revuelta del veintiuno.

Marcela: Mañana me voy.

Cayetana: ¡¿A dónde te vas?!

Marcela: Ah... ¡Cuando querés, escuchás!

Cayetana: ¿A dónde te vas?

Marcela: Qué me voy a ir... ¿No grabas?

Cayetana: Me asustaste. Te lo cuento. Si me llega a pasar algo, alguien tiene que saber.

Marcela: Grabá todo que alguien lo va a escuchar. Yo no sé hasta cuándo voy a estar acá.

Cayetana: ¿Y a dónde vas a ir? Acá tenemos mucho que hacer, pensar en la marca y todo eso. Escuchá... Escuchate ésta... Que te va a interesar.

Silencio. Cayetana enciende el grabador.

Cayetana: Antes del alba, cuando todavía se escuchaban los sonidos de la noche, en ese mismo momento en que la niebla lo cubre todo, un carpincho se asomaba al rancho donde vivían Ángel, Salvadora y sus hijitas Augusta, Candelaria, Ana y María. No había tenido hijos varones y eso a Salvadora la preocupaba. Decía, aunque era de pocas palabras, que, si son varones, sólo corren el riesgo de que los maten, y después quedaba largo tiempo en silencio. Ángel les prodigaba todo tipo de cuidados a su mujer y sus hijas. Cada madrugada, antes de salir al monte, le dejaba un dulce dátil a cada una, tomaba su hacha y se marchaba tranquilo. Eso sí, también le dejaba un dátil a su amigo carpincho a cambio de que cuidara el rancho y el hembraje. Y así era que el roedor alejaba todo tipo de alimañas, incluso hombres malos que se acercaban. Sólo si se alejaban del rancho corrían peligro. ¿Entendiste?

Marcela: Clarito, clarito.

IV

Es de noche. Por la ventana entra la luz de la luna que ilumina tenuemente el quebrachito. Marcela espera en la puerta. Llega Rafael.

Rafael: Hola.

Marcela: Hola.

Rafael saca de una bolsa una botella de vino y dos copas. Marcela mira asombrada.

Rafael: No sé si tomás...

Marcela: Poco... Y así... Como en las películas... Viste que en las pelis la gente llega a la casa y lo primero que hace es descorchar un vino y tomar caminando por toda la casa, hasta en el baño... y no comen nunca. ¿Qué pasa con la gente? ¿No come?

Rafael: Uy, perdón, no traje nada de comer.

Marcela: No, igual, ya comí, comimos. Podemos tomar, como en las pelis... me gusta el vino.

Rafael: Si no estás acostumbrada, este no te va a hacer mal, es bastante bueno, dentro de lo que pude conseguir.

Sirve en las dos copas. Brindan y beben. Tiempo en silencio.

Marcela: Rico.

Rafael: Sí, rico. Pasa.

Marcela: Sí.

Tiempo en silencio.

Rafael: ¿Cayetana?

Marcela: Duerme.

Rafael: Ah...

Marcela: Igual, trajiste dos copas.

Rafael: Sí, claro, tenés razón.

Marcela: Pero está dormida.

Tiempo en silencio.

Rafael: ¿Hace mucho que estás...?

Marcela: No, recién.

Rafael: Con Cayetana.

Marcela: Ah... desde los doce... tengo veintidós.

Rafael: Un montón. Y...

Marcela: Ya me conocía de antes, de chica, desde que murió mamá me seguía de cerca. No le gustaba nada que trabajara en la cosecha, decía que yo era muy chica, pero se puso loca cuando me quise ir cama adentro. Ahí medio que me agarró de los pelos y no me dejó. Y desde entonces vivo con ella y me enseña muchas cosas. Dice que soy muy inteligente.

Rafael: ¿Y...

Marcela: Ni padre ni hermanos, si es eso lo que querés preguntar.

Rafael: Sí, perdón.

Marcela: No es nada. Me ocupo de todo. Cayetana está un poco... y más desde que empezó con esta cuestión del quebrachito.

Rafael: Está grande.

Marcela: Sí.

Rafael: Pero es muy buena.

Marcela: Sí.

Rafael: Y... ¿qué es lo que están haciendo?

Marcela: Si no querés hablar, no hablamos.

Marcela se acerca a Rafael.

Rafael: Eh... no, sí, me interesa...

Silencio incómodo. Rafael se acerca, le acaricia el pelo, la cara. Marcela lo besa. Dejan las copas y se besan apasionadamente. En la penumbra, los cuerpos chocan con las paredes y la mesa de trabajo, hacen ruido, por momentos se sobresaltan, comprueban que Cayetana no se despertó y siguen. Marcela empieza a desvestirse.

Rafael: No... mejor que no... mirá si viene... no quiero que pienses...

Marcela: Shhhhhh....

Ya no se pueden contener. Caen al suelo. Cae el grabador y se acciona. Se escucha la voz de Cayetana. Se sobresaltan. Marcela se ríe.

Rafael: *(Arreglándose la ropa.)* Perdón, pero así no puedo. Me pongo nervioso. *(Tiempo.)* Me gustás. *(Tiempo.)* Mucho. Me gustás mucho.

Marcela: *(Sonriendo.)* ¿Salimos...? ¿A caminar?

Rafael: Sí, mejor. Salimos.

Antes de salir, Rafael se detiene un instante a mirar el arbolito.

Marcela: Le puso nombre: Benito.

Rafael: ¡No te puedo creer! ¿A ver? ¿Puedo? *(Se detiene a mirar y levanta algo de la maceta con intención de llevárselo.)* ¿Puedo?

Marcel: Ay... sí... ¿Vos también?

Rafael: De curioso, no más.

Marcela: ¿Vamos?

Salen. Marcela regresa a buscar la botella de vino y las copas. La luz de la luna entra por la ventana y se escuchan los sonidos de la noche. Aparece Cayetana, apenas despierta, revisa el espacio, levanta el grabador del suelo, observa la planta y se sienta a esperar. Comienza a clarear y entra Marcela. Tararea bajito una canción, camina dando pequeños saltitos. Ve a Cayetana y se sobresalta.

Marcela: ¡Ay, Caye! Me asustaste.

Cayetana: ¿Dónde está Clelia?

Marcela: ¿Qué?

Cayetana: Y Vicente. ¿Dónde están?

Marcela: ¿De qué estás hablando?

Cayetana: No te hagas la distraída, la que no sabés.

Marcela: Es que no sé.

Cayetana: Traidora.

Marcela: ¿Qué te pasa? Estás... *(Se acerca a Cayetana y la mira a los ojos.)* Estás sonámbula... Es eso.

Cayetana se para de un salto, la toma a Marcela de la muñeca y la lleva frente a la maceta.

Marcela: Me hacés mal.

Cayetana: ¿Dónde están Clelia y Vicente?

Marcela: No sé de qué me hablás. Ay, Caye, me das miedo.

Cayetana: *(Señalando la tierra de la maceta.)* Clelia, la chiquita... y Vicente, el tuerto...

Marcela: No es nada, eso, Caye, son los cositos que caen del... No puedo creer... ¡¿Les pusiste nombre?! Vos estás muy mal.

Cayetana: Ningunos cositos. Qué cositos ni cositos. Estaban todos ahí y ahora no están más y no sé qué voy a hacer...

Marcela: ¡Te calmás!

Cayetana: ¡Cómo querés que me calme! ¡Traidora! Del ingeniero podía esperarlo, pero vos... Yo pensé que vos estabas de mi lado. ¡Y ahora no sé qué voy a hacer!

Marcela: Calmate.

Cayetana se desploma en la silla.

Marcela: ¿Cómo iba a saber que esos... Cositos con nombre propio...

Cayetana: ¡Qué te dije!

Marcela: ¿...Iban a ser tan importantes?

Cayetana: ¿Cómo pudiste hacerme esto?

Marcela: No sabía que eran tan importantes para vos. Pero mirá, esos... Los hace todo el tiempo el arbolito. *(Cayetana niega con la cabeza.)* No todo el tiempo, pero cada tanto. *(Cayetana sigue negando.)* ¡Es una planta! Mirá que yo voy a querer hacerte sufrir... Si hubiera sabido... Pero vos no me dijiste. *(Tiempo en silencio. Marcela trata de entender.)*

Empieza a tratar a Cayetana como si fuera una nena que no entiende.) Mañana, vamos a ir a hablar con Rafael... A decirle... Y todo se va a arreglar... ¿Por qué no vamos a dormir? Ya casi es de día.

Cayetana: No me trates como tarada.

Marcela: No.

Cayetana: Como criatura.

Marcela: Rara.

Cayetana: Tu abuela.

Marcela: Rara, sos rara.

Cayetana: ¡La concha del pato, Marcela!

Marcela: Al fin apareciste, ya me estaba preocupando.

Cayetana: Esto es serio.

Marcela: Claro que es serio. Le ponés nombre a las plantas, a las semillas o lo que sea, montás guardia frente a un arbolito. ¡Es serio!

Cayetana: Qué te voy a explicar. Soluciona esto.

Marcela: Bueno.

Cayetana: Ahora.

Marcela: Está bien.

Marcela le sigue la corriente, sale y Cayetana la sigue.

V

Cayetana, Marcela y Rafael van entrando al taller. Es de día. Cayetana está desconsolada.

Rafael: La verdad, lo siento mucho, pero no hay nada más que pueda hacer. Le pido por favor, Cayetana, que no me vuelva a llamar, ¿sabe? Tengo miles de cosas que hacer, trabajo, trabajo de verdad, y todo este asunto me está distraendo.

Marcela: ¿Y si vamos hasta el puente roto?, por ahí encontramos más.

Rafael: Vayan, vayan ustedes. Me parece una buena idea. Seguramente van a encontrar algo.

Cayetana: Eso ya lo hice y no.

Rafael: Vayan de nuevo, de un día para otro, algún brote aparece.

Marcela: Eso vamos a hacer. Vas a ver, Caye.

Cayetana: Devuelva lo que se llevó.

Rafael: Ya le dije que no los tengo. No le voy a decir una cosa por otra. ¿Por qué le mentiría? Mire. No se preocupe tanto. Hoy mismo llamo al laboratorio para pedirles que me los manden de vuelta intactos. Solo van a mirar bien, tomar unos datos, observaciones, registros y los mandan de vuelta. Es cuestión de días. *(Suena el celular de Rafael.)* ¿Me disculpan?

Rafael mira el teléfono, sale en busca de señal y desde allí va respondiendo mensajes escritos y hablados: "A, no, M. Servicios profesionales". "Me interesa este último que me mandaste, el de control de plagas... Ese".

Marcela: No sé más qué hacer o qué decirte. Perdón. ¿Qué me iba a imaginar? Te la pasas hablando boludeces y lo que es importante no lo decís. A mí no me parece tan grave. Más grave es verte así.

Cayetana tiene la mirada perdida.

Marcela: Escuchaste lo que dijo Rafael. Es cuestión de días. Caye, estoy preocupada. Vamos al médico, a la salita.

Cayetana: ¿Qué te pasa? ¿Estás mal? ¿Te duele algo?

Marcela: Yo estoy bien, mejor que nunca. Es por vos.

Cayetana: Yo estoy bien. Solo quiero que vuelvan Clelia y Vicente.

Marcela: Eso es lo que me preocupa.

Cayetana: Y bueno, nos preocupa lo mismo.

Marcela: ¡No! Que actuás raro, eso me preocupa.

Cayetana: ¿Te conté de la iguana?

Marcela: No.

Cayetana: Te cuento, te cuento.

Marcela: Pará con los cuentos.

Cayetana: Es importante.

Vuelve Rafael.

Rafael: Me tengo que ir.

Cayetana: No, no, venga, venga que le cuento.

Rafael: Disculpe...

Cayetana: Usted se mandó la cagada, ahora se queda aquí a escuchar.

Marcela mira a Rafael como implorando. Rafael se queda desganado.

Rafael: Cinco minutos.

Cayetana: Cinco minutos. Era enorme la iguana, abría la boca mostrando sus fauces y Benito le hacía frente. ¡No vamos a claudicar! ¡No vamos a claudicar! Sacaba pecho y avanzaba, tanto que la iguana iba retrocediendo mientras movía la cabezota de un lado a otro como negando. Tuvo que empujarla porque de tan gorda que era se quedó atascada. Cuando llegaron al otro lado del puente ya se habían hecho amigos, parecía que conversaban. Benito llevaba un atado de frutos de mistol.

Rafael: ¿Y Benito era?

Marcela: El hijo menor de Laureano.

Rafael: Ajá.

Cayetana: Y ahí se lo vio por última vez, saludando a lo lejos, tan contento. Cuando salieron a buscarlo sólo encontraron la bolsa de mistol.

Rafael: Se lo comió la iguana.

Cayetana: ¡Un animal agradecido tiene fidelidad!

Rafael: Pero es un animal salvaje.

Cayetana: Salvaje sí, porque es libre, hasta que lo cace alguno para hacer cartera. ¡Pero cómo se iba a comer a Benito, si eran amigos! Usted cree que sabe todo, pero no. No funciona así esto, hay que conocerlo.

Rafael: Y qué se yo, era tan grande la iguana.

Cayetana: Pero no... Escuche. Cada tanto se la veía al otro lado del puente. Se quedaba ahí, quietita, mirando, como esperando que apareciera Benito. Yo le gritaba, ¡¿Lo ha visto?! Y la overa movía la cabezota como negando, igual que hacía en el puente. Yo era muy chica.

Rafael: ¿Lo conocía?

Cayetana: ¿A Benito?

Rafael: Sí.

Cayetana: Era mi padre.

Tiempo en silencio. Rafael y Marcela se miran.

Marcela: Entonces... Clelia y Vicente...

Cayetana: Mis hermanos.

Marcela: (Señalando la tierra de la maceta.) ¿Y estos?

Cayetana: Este es Simón. El del rinconcito, ese es Carmelo, que no hablaba. Y el grandote es Fortunato.

Marcela: ¿Y vos?

Cayetana: Yo estoy acá, de cuerpo presente.

Marcela: Pará... ¿Y tu mamá?

Cayetana: Claudina. Por eso le preguntaba a Rafael...

Rafael: Ah... Pará... Entonces... Estaría ahí... *(Señalando el quebracho.)*

Marcela: ¿Y Benito?

Rafael: También.

Cayetana: ¡Ay, querido!... Entonces ¡Benito y Claudina están juntos ahí!

Rafael: Y... Sí... Metafóricamente, ¿no?

Cayetana: Con más razón, hay que encontrar a Clelia y Vicente.

Marcela: A ver si entiendo...

Cayetana: No, hija, no hay que entender.

Marcela: No soy tu hija.

Cayetana: Hay que creer. ¿Tan difícil es?

Marcela: ¡Por supuesto que es difícil...

Rafael: *(Interrumpiendo.)* Bueno, ¿ve cómo hablando se entiende la gente? Ya va a ver cómo se arregla todo. Ahora, si me disculpan.

Cayetana: ¿Cuántos días?

Rafael: Una semana, como mucho.

Rafael le hace señas a Marcela para que corte la conversación.

Marcela: Te acompaño.

Marcela y Rafael salen, se los ve a través de la ventana. Se dan un beso, hablan en secreto. Marcela mira a Cayetana. Cayetana se queda mirando la planta.

VI

Es de noche. La luz de la luna ilumina el quebracho. Marcela y Rafael están afuera, se los ve a través de la ventana, abrazados en silencio. Se escuchan los sonidos de la noche. Marcela busca un lugar donde tiene señal y pone música.

Marcela: Bajito, para no despertarla.

Rafael: No, dejá, ya voy a tener tiempo de escuchar música. Prefiero este silencio.

Marcela apaga la música.

Rafael: ¿Sabés cómo voy a extrañar?

Marcela: ¿Qué cosa?

Rafael: El silencio, la quietud. A vos.

Marcela: ¿Qué? ¿Te vas?

Rafael: Por un tiempo.

Marcela: No me dijiste.

Rafael: Estudio.

Marcela: ¿Más estudio?

Rafael: Un postgrado en control de plagas.

Marcela: Ah...

Rafael: Unos meses.

Marcela: Ah...

Rafael: Al principio cuesta, pero una vez que te acostumbrás, ya no te querés ir. Hay algo en el aire, los olores, los sonidos, la luz, la luz de la noche... Me lo quiero llevar guardado en todos mis sentidos.

Marcela: ¿No vas a volver?

Rafael: Espero que sí. ¿Vos no pensaste en irte?

Marcela: Todo el tiempo. No es tan fácil.

Rafael: Es por Cayetana.

Marcela: En parte. Un poco de miedo también. Nunca salí de Santa Fe.

Rafael: Nunca pensé que iba a querer quedarme en Fortín Olmos.

Marcela: No sé qué tiene.

Rafael: A vos. No me quiero ir.

Marcela: No te vayas.

Rafael: Como decís vos, no es tan fácil. Es una oportunidad muy buena... Y es mi carrera. No sé si vuelvo acá o me quedo allá o tenga que ir a otra provincia. No lo sé. ¿Y si venís vos también? Porque acá no sé si vuelvo, pero a Buenos Aires, ahí sí, siempre vuelvo. ¿Soy muy egoísta?

Marcela: No. ¿Y qué haría yo allá?

Rafael: Sos buena en lo que haces, podrías estudiar algo que te guste y... Estaría yo. No soy ninguna garantía, ¿no? Pero peor es nada... O quedarte acá, con la duda, con tu miedo. Ey... ¿Qué pasa? No te pongas mal.

Marcela.: No.

Rafael: ¿Seguro?

Marcela: No.

Rafael la abraza y comienza a besarla.

Rafael: Yo conozco un remedio casero que cura todos los males.

Marcela se separa. Tiempo en silencio.

Rafael: Esto es así, hermosa. ¡La vida! Hoy las cosas están dadas para no estar mucho tiempo en un lugar.

Marcela: No vas a volver.

Rafael: Es un decir...

Marcela: ¿Y Cayetana?

Rafael: Está en su mundo.

Marcela: Por eso mismo. No te olvides de traerle los frutitos del quebracho, que me quema la cabeza.

Rafael: ¿Los "hermanos"? Obvio que no... Un delirio, ¡pobre! ¿Vos te crees que se va a acordar?

Marcela: Le prometiste.

Rafael: ¿Qué querías que hiciera? No la terminaba más. Ya se va a olvidar.

Marcela: No la conocés. Al final, tiene razón. *(Silencio. Rafael la mira esperando que continúe.)* Que al final se van.

Rafael: Y... Si... Si tenés la oportunidad... Y si no la tenés, hay que salir a buscarla.

Marcela: Yo qué sé.

Rafael: Todavía falta para que me vaya y quién sabe dónde vamos a estar dentro de dos meses.

La besa y se pierden bajo la ventana.

VII

Es de día. Cayetana está sola en el taller. Cose, corta telas, ordena. Le habla al quebracho. Está alegre.

Cayetana: Andaba rondando un aguará guazú, otra rareza, porque ya no se ven, quedan pocos, y ahí me di cuenta. Se asomaba a la puerta todos los días a la misma hora. ¡El susto que me pegué cuando lo vi la primera vez! Es feo el pobrecito, pero inofensivo. Al principio le tiraba algo de comer, porque come de todo y estaba bien flaco... Claro, si no le han dejado nada, pero ladraba y aullaba, ladraba y aullaba, como queriendo decirme algo, así que al tercer día lo seguí... Y me llevó derecho al puente roto. Para mí que los estuvo cuidando hasta que llegué yo. Lo bauticé Laureano, como el abuelo. Y ya le dije que va a ser el padrino del Nuevo Monte y que vamos a prohibir la entrada de los capataces y la tropa.

Marcela se asoma a la puerta y escucha en silencio.

A la familia le voy a hacer un cerco de espina corona, la espina de Cristo, que junto con Laureano le va a dar protección, para que no venga nadie a hacer rollizo. Y estaba pensando, no sé, una idea loca, dar una gran fiesta para la inauguración. Invitar a todo Fortín Olmos. ¿Se imaginan? Un fiestón. Toda la belleza santafecina, trenzas negras, vestidos blancos con flores violetas, volados violetas, todo hecho acá, en lo de Cayetana, todo regado con buena cerveza. ¡Qué fiesta! Con músicos como los que estuvieron en la fiesta de Itatí...

Cayetana busca algo y ve a Marcela.

¿No viste el disco que le compramos a los músicos la fiesta pasada?

Marcela entra al taller, va directo al lugar donde tienen guardados los cd, saca uno y se lo da a Cayetana.

Cayetana: Ponelo. *(Marcela pone el cd en el reproductor y suena un chamamé alegre. Cayetana empieza a bailar.)* Marcelita, preparate que se viene una... Vamos a tener mucho trabajo... *(Hace bailar a Marcela, que la sigue desganada.)* ¿Dónde está la juventud?

Marcela: Tengo que preparar unos pedidos.

Cayetana: ¡Qué carucha!

Marcela: Ya está. Dejá la música si querés y déjame a mí también que haga lo que tengo que hacer.

Cayetana: Bueno, buenoooo...

Sigue sonando la música. Marcela comienza a trabajar. Cayetana retoma el trabajo sin dejar de observarla. Marcela se crispa, baja la música, sigue trabajando, se equivoca, corta mal una tela, la tira a la basura, putea, vuelve a trabajar, tira todo lo que está haciendo al piso, queda inmóvil unos instantes, sube la música y sale. Cayetana la observa en silencio y apaga la música.

VIII

Marcela está en el taller. Entra Cayetana y queda de pie en la puerta un instante en silencio.

Cayetana: Se fue.

Marcela la mira.

Cayetana: Se fue. ¿Vos sabías?

Marcela no responde.

Cayetana: No se puede confiar en estos golondrinas. ¿A vos te prometió algo? Porque no es hombre de cumplir promesas, ya te lo estoy diciendo. ¿Qué tengo que pensar yo ahora? ¿Me voy a quedar sentada esperando que me mande a Clelia y Vicente por correo, en un sobrecito, en una encomienda? ¿Vos sabés dónde está? Porque lo voy a buscar, mirá, lo voy a buscar como que me llamo Cayetana.

Marcela niega con la cabeza.

Cayetana: No dejé dirección ni nada y pregunté por el laboratorio ese que dijo y no hay ningún laboratorio, me mintió el golondrina, nos mintió a las dos.

Marcela: A mí no me mintió.

Cayetana: Ah, entonces vos sabías y no me dijiste nada. ¿Dónde está? ¿Dónde se fue?

Marcela: Eso no lo sé, la dirección no la tengo, pero a mí no me mintió, Caye. Yo sabía que se iba. Se fue por un tiempo... a estudiar.

Cayetana: Y vos le creíste.

Marcela no responde.

Cayetana: ¡Qué estúpida!

Marcela: No tengo por qué no creerle.

Cayetana: ¿Te dijo algo? ¿Qué te dijo? ¿Te dijo algo de Clelia y Vicente?

Marcela: Eso es lo único que te importa. Te importa nada de mí por lo visto. Estás tan metida en tu mundo que ya no te importa si estoy bien, o triste o si me dejó embarazada...

Cayetana: Te lo advertí, ¡qué estúpida! Esa bandurria no es de este estero.

Marcela: No tenés nada mejor que decirme, ¿no?

Cayetana: Pensé que eras más astuta, que para eso te enseñé yo y te lo dije, estos tipos se van, vienen por un tiempo y se van y si te he visto no me acuerdo.

Marcela: No son todos así.

Cayetana: ¡Y dale al rodete! No sé si sos ingenua o tarada.

Marcela: ¡Terminala!

Cayetana: Abrí los ojos, ¿querés? Te enojás conmigo porque te digo la verdad en la cara y a él que se fue sin decir a dónde le seguís creyendo. Disculpame, estás equivocando la dirección de tu bronca.

Marcela: No estoy enojada.

Cayetana: Error. Deberías estarlo. *(Tiempo en silencio.)* No te hagas ninguna ilusión. Si le interesaras hubiera dejado una dirección o algo.

Marcela: Tengo su número.

Cayetana: ¿Y? ¿Cuántos mensajes le mandaste? ¿Diez, veinte, cien? *(Marcela se encoje de hombros.)* ¿Te contestó alguno? *(Marcela niega.)* ¿Y todavía te hacés ilusiones? Al final, no sé para qué te crié... ¡Enojate!

Marcela: No puedo.

Cayetana: ¡Qué no! Salí al campo, gritá, descargate...

Marcela: ¡La puta madre, Caye! ¡Dejame! Dejá de decirme cosas feas, ¿querés? Se acaba de ir y ya me ponés la cabeza así. No me hables.

Cayetana: ¿Estás embarazada?

Marcela: No... No sé.

Cayetana: Qué lo parió.

Marcela: Te estoy pidiendo que no me hables, ¡qué parte de "no me hables" no estás entendiendo!

Cayetana: Yo solo quiero...

Marcela se va.

Cayetana: ...abrirte los ojos.

Un instante en silencio. Cayetana le grita desde el interior del taller.

Cayetana: ¡Se quedaron encantados con los pañaleros que les mandamos! ¡Y fue idea tuya! Tu creación, tu diseño, que si fuera por mí... Voy a hacer té de manzanilla. ¿Querés? Te compré las masitas de avena que te gustan, las que tienen pasas y chocolate.

Marcela regresa. En todo momento está atenta al celular.

Marcela: No tengo hambre.

Cayetana: Dejá de mirarle el Facebook.

Marcela: No tiene.

Cayetana: Bueno, lo que tenga, qué importa. Dejá de mirar, no te hace bien.

Marcela: No sé, no publica nada, nunca fue de publicar mucho, pero ahora nada. ¿Le habrá pasado algo?

Cayetana: Por favor, no vale tu pena el ingeniero golondrina.

Marcela recibe un mensaje de Rafael en el celular. Se ilusiona.

Marcela: "Hola hermosa", es él, me está grabando un audio.

Sale a escuchar el mensaje sin que lo escuche Cayetana. Regresa al taller y permanece inmóvil. Cayetana se acerca, la abraza. Marcela se desmorona y llora.

Cayetana: Peeerooo...C lo linda que sos...

Marcela: Sos pésima para consolar, Caye.

Cayetana: ¿Querés que...

Marcela: No quiero nada. *(Tiempo en silencio.)* Quiero morir. ¡Quiero matar!

Cayetana: ¡Pero qué boludeces decís! Es un hombre, nada más. ¿Te vas a hacer problema por eso?

Marcela: No me digas nada, porque cada cosa que decís, la embarrás más.

Cayetana: Me callo, me callo. Pero es que... No me gusta verte así, que cuando te veo mal pido y rezo, "que me pase a mí, que me pase a mí", pero la cosa no funciona así. Venga, mi chiquita, que la quiero tanto.

Marcela: Ya va a pasar.

Cayetana: Si lo llego a agarrar le aprieto los huevos y se los retuerzo.

Marcela se ríe y llora a la vez.

Cayetana: Ya sé que no es momento, y no es que no me importe lo que te pasa a vos, pero me había ilusionado tanto. Al fin íbamos a estar toda la familia, si hasta... Mirá *(Va a buscar algo, desenvuelve unas maderitas que tienen grabados los nombres de sus padres y sus hermanos)* ¿ves? Cada uno con su nombre, así nadie los olvida, y después ellos van a dar hijos, y los hijos más hijos, y así se va a formar el Nuevo Monte. Sería como volver atrás en la historia, volver a crear. Qué se yo, dirás que estoy loca, pero me hace ilusión. ¿Y ahora qué voy a hacer? ¿Qué vamos a hacer?

Marcela: Ay ay ay... ¡Cómo te banco!... Vas a hacer lo que tenías pensado hacer. Vas a plantar tu quebracho, le vas a dar un lugar cerca del puente roto, vas a plantar a tus hermanos, los vas a cuidar hasta que crezcan. Clelia y Vicente van a volver en algún momento, te lo prometo. Vas a dar esa gran fiesta que tenés pensada y... Me vas a abrazar fuerte.

Cayetana la abraza y Marcela se acurruca en ella.

Cayetana: Y te voy a hacer un pastel de papa.

Marcela: *(Sonríe desganada.)* Dale.

Cayetana: Así me gusta.

Marcela: Te voy a ayudar.

Cayetana: ¿Qué? Ni en pedo. Cada vez que te metés en la cocina hacés cagada.

Marcela: Te voy a ayudar con la fiesta.

Cayetana: ¿En serio? Entonces descorchemos también un vinito y a la mierda todo, basta de llanto. Por ahí tengo las copas que trajo el golondrina. Y mirá. *(Saca de las bolsas unas telas verdes y violetas, blancos estampados de flores.)* Para los vestidos que se van a hacer en lo de Cayetana.

Marcela: Esa es nuestra marca registrada: "Cayetana", ¿te gusta?

Cayetana hace un gritito imitando un sapucaí.

VIII

Suena un alegre chamamé. Cayetana y Marcela entran al taller con sus vestidos de fiesta floreados con volados verdes y violetas. Cayetana mueve la falda hacia un lado y otro, parece que ha rejuvenecido. Marcela termina de vestirse. Cayetana adorna la maceta del quebracho con un gran moño verde y violeta, como los vestidos que llevan puestos. Al chamamé se suma el murmullo de la fiesta.

Marcela: ¿Lista?

Cayetana: Ay, no sé... Están todos, está el intendente, el padrecito, los Soler...

Marcela: ¿Los Soler vinieron todos?

Cayetana: No falta ni uno. Mirá que se la iban a perder, con lo que les gusta la joda.

Marcela: No sé de dónde sacás energía, Caye.

Cayetana: Hay más gente que en la fiesta de Itatí.

Marcela: ¿El discurso?

Cayetana: Lo tengo.

Marcela: ¿Los cartelitos?

Cayetana: ¡Ya están puestos!

Marcela: ¿Clelia y Vicente también?

Cayetana: Como vos me dijiste.

Marcela abraza a Cayetana.

Marcela: ¡Te quiero tanto, Contadora!

Cayetana: Yo también, pero eso después, ahora vamos.

Marcela: No, pará, pará un cachito. Tengo algo para vos, un regalito para la inauguración.
(Le da una caja de la que Cayetana saca un celular.) Es tuyo.

Cayetana: ¡Estás loca! ¿Para qué quiero yo esto? No, no, tenelo vos que andás con esas cosas, yo no lo necesito. Me das a mí un aparato de estos y es como darles margaritas a los chanchos.

Marcela: Tenés que tener un teléfono, Caye, no seas terca. Yo me compré uno más nuevo y este te lo dejo para vos. Mirá...

Cayetana: No, no, no... ¿Y tiene que ser ahora?

Marcela: Sí.

Cayetana: Después de la fiesta.

Marcela: Vas a estar en pedo... Y yo también.

Cayetana: Mañana.

Marcela: Por fa, ¿me despreciás el regalo?

Cayetana: Es que m' hija, hay que tener sentido de la oportunidad.

Marcela: Sé buena.

Cayetana: No se te puede decir que no a nada.

Marcela: Ya te dejé cargado todo lo que necesitás. Mirá, este es tu whatsapp, hasta le puse tu foto. *(Cayetana se va acercando a mirar.)* Después la cambiamos si querés. Y ¿ves?, esa soy yo y por ahí nos podemos mandar mensajes. ¿Ves? *(Marcela manda un mensaje grabado.)* "Hola, hola, soy Marcela estrenando el celular de Cayetana" *(Suena el celular de Marcela, lo acciona y se escucha el mensaje que acaba de grabar.)* ¿Ves? Está bueno, ¿no?

Cayetana: Si... Pero, ¿para qué lo quiero si...

Marcela: Por cualquier cosa, cualquier emergencia. O mirá, suponete que me fui al pueblo y a vos te pasa algo... O necesitás que compre algo...

Cayetana: Está bien, pero no sé si lo voy a saber usar.

Marcela: Claro que vas a saber. Te enseñó algo más, y esto es lo importante, ¿ves? Si hay una rayita sola es que el mensaje salió de tu celular, pero al otro no le llegó, si hay dos rayitas es que le llegó pero que no lo abrió, y si tiene las dos rayitas azules es que le llegó y lo oyó o lo leyó. Y si no te contesta, eso quiere decir que te "clavó el visto" y eso no se hace.

Cayetana: Ese es el famoso "clavó el visto", sería como "se hace el boludo", una cosa así.

Marcela: Algo así.

Cayetana: ¿Y a vos esto te deja más tranquila?

Marcela: Sí.

Cayetana: Bueno, voy a intentar aprender, pero no te aseguro nada.

Marcela: Intentalo.

Cayetana: Lo prometo. Pero no me expliques más porque ahora no me va a entrar nada.

Marcela: Está bien. Pero vas a...

Cayetana: ¡Que sí!

Marcela: Bueno, listo. ¿Necesitas algo más?

Cayetana: ¡Que vayamos!

Marcela: ¡A inaugurar el Nuevo Monte!

Cayetana sale llevando la maceta con el quebracho. Marcela queda un instante en el taller. Mira su celular. Mira el celular de Cayetana que dejó sobre la mesa. Sale. Desde afuera anima la fiesta, mientras el taller va quedando en penumbras. Sigue sonando la fiesta. Entra Marcela y se encierra en el baño. Entra Cayetana.

Cayetana: Marcelitaaaaa... Marcelaaaaa....

Marcela: Estoy en el baño, Caye.

Cayetana: *(Riendo a carcajadas.)* Me ha echado el ojo Don Fermín, ¿podés creer? ¡Qué viejo atrevido!

Marcela: ¡Es que estás irresistible!

Cayetana: Y a vos te arrastra el ala el menor de los Soler... qué lindo pedo que tengo...

Marcela: Me vine para sacármelo de encima, Caye, no me lo mandes para acá. Andá vos.

Cayetana se va. Marcela sale del baño vestida de calle. Busca un bolso, una mochila, recorre el taller con la mirada y sale. Vuelve a entrar Cayetana.

Cayetana: Marcelita, vení que están preguntando por vos. *(Entra al baño.)* ¿Marcela? *(Sale del baño con el vestido de fiesta de Marcela en sus manos.)* ¿Marcela? *(Sale.)*

Los sonidos de la fiesta se hacen cada vez más tenues, mientras amanece.

IX

Cayetana está sola en el taller y permanece inmóvil mirando por la ventana. Comienza a sonar insistentemente su celular. El sonido de las llamadas se superpone a los whatsapps y la voz de Marcela: "...tenía que venir...", "...una aventura viajar en subte...", "...es mejor así...", "...ni se miran y hay muchos vendedores que te venden de todo...", "...contéstame por favor...", "...parece que se fue a Córdoba...", "¿Podemos hablar?", "...con la aplicación me ubico re bien...", "Hablemos" "Atendeme, Caye", "Atendeme".

Finalmente, Cayetana atiende. Una luz fría alumbra un pequeño lugar. Se ve a Marcela muy abrigada y desmejorada, sentada en un banquito o silla.

Marcela: ¡Caye! ¡Contadora!

Cayetana: Hola.

Marcela: ¡Al fin! ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

Cayetana: ¿Qué querés?

Marcela: ¡Cómo qué quiero! Escucharte... Saber de vos. Ya sé que no estuve bien, pero hago lo que puedo. No estés enojada.

Cayetana: Estoy bien.

Marcela: ¿En serio? Si es así, me alegro, aunque no te escucho muy bien.

Cayetana: Estoy bien.

Marcela: Bueno, si vos lo decís debe ser así.

Cayetana: Y sí, vos sos de las que se creen todo. ¿Vos, cómo estás?

Marcela: Bien.

Cayetana. *(Irónica.)* Se nota.

Marcela: Perdoname, no seas así.

Cayetana: ¿Así cómo?

Marcela: Seguís enojada.

Cayetana: Nunca me enojé. No estoy enojada.

Marcela: Te extraño.

Cayetana: ¿Qué necesitás?

Marcela. Un abrazo.

Cayetana: Que te pueda dar.

Marcela: Nada... Bah, sí, en realidad sí, me podés ayudar (*Silencio.*) Estoy en una pensión por San Telmo, es un barrio muy lindo de Buenos Aires y está lleno de extranjeros, casi todas mujeres (*Silencio.*) Eso.

Cayetana: ¿Qué mujeres?

Marcela: Mujeres...

Cayetana: Necesitás plata.

Marcela: No. Bueno, sí.

Cayetana: ¿Cuánto necesitas?

Marcela: Te la voy a devolver.

Cayetana: ¿Cuánto?

Marcela: Para pagar la pensión, no sé, lo que puedas, te la voy a...

Cayetana: ¿Era eso?

Marcela: No, eso solo no, extraño mucho, si podemos hablar más seguido...

Cayetana: Te mando algo.

Marcela: ¿Sabés hacer transferencia?

Cayetana: La concha del pato, Marcela, si yo te enseñé.

Marcela: ¡Esa es mi Cayetana!

Cayetana: ¿Algo más? (*Silencio.*) ¿El golondrina? (*Silencio.*) Bueno, listo entonces.

Marcela: No, pará. Contame vos. Me dijo Don Fermín que se te ve largo tiempo cuidando el Nuevo Monte.

Cayetana: Entonces para qué te voy a contar si ya te contó don Fermín.

Marcela: Pero quiero que me lo digas vos.

Cayetana: Ya te dije, bien, qué se yo... la vida ya no me parece tan corta. En un rato voy al pueblo y te hago la transferencia. Y no hace falta que me devuelvas nada.

Marcela: Gracias. Perdón, Caye, te prometo que voy a volver a verte.

Cayetana: Cuidate mucho.

Marcela: Vos también. Podemos a hablar más seguido, ¿te parece?

Cayetana. Bueno.

Marcela: Y no me claves el visto.

Cayetana: ¡Qué sé yo de esas mierdas! Dale, cortá... o corto yo.

Marcela: Cortá vos.

Cayetana: Corto. Chau.

Apaga el teléfono. Contiene el llanto. Busca el grabador y lo enciende.

Laureano tenía un don en el alma para hachar y Benito lo heredó. Si no veían el hacha no estaban contentos. Pero el hacha les iba robando el monte, mientras los capataces del poder, con el doble lenguaje en los labios les robaban la dignidad. Así quedaron, sin cruces para la protesta en sus tumbas anónimas. Pero ya no.

Se ha acercado un guazunchito al Nuevo Monte y cuando estaba por comerse una hojita de Fortunato le pegué un grito y se quedó ahí, quietito. ¡Cómo entiende! Hace caso y yo lo premio con unas ramitas de guayacán bien tiernas. Agradecido el guazunchito me espera temprano, antes de que don Aurelio se tome la primera copa de la mañana. El pueblo está empezando a creer. Se convencieron cuando fue la quema de espartillo porque el fuego no le hizo nada, ni se acercó. Llegó hasta el cerquito de espino y más adentro, ni una chispa. Nos visita un pecarí, algún que otro tatú carreta, gato del monte y hasta un loro hablador. Cada tanto se escucha el canto de un urutaú y me pregunto si no es la pena de mi Marcela por su amor imposible.

El Nuevo Monte va creciendo con su matorral de abrigo y nuevos nidos, pero hay que cuidarlo bien del monstruo que se alimenta de sangre vegetal, porque siempre vuelve y no hay que dejarlo. Hay que cuidar el milagro.

Cayetana apaga el grabador y sale.

X

Poco a poco la luz del taller se vuelve fría, blanquecina y la luz exterior que alumbraba a través de la ventana se va apagando. Marcela entra por el mismo lugar del comienzo de la obra. Ingresando al taller con su luz mortecina, lo recorre, encuentra el celular que le dejó a Cayetana. Lo mira. Sonríe.

Marcela: Me clavó el visto. Nunca estamos preparados para vivir la ausencia. Quedamos huérfanos sin saber qué rumbo tomar. Hablo de mí y no de Cayetana. Ella lo tenía claro. Yo no. Aprendí que con ella compartía la falta de esperanza para hacer nacer la esperanza donde no la había. Ella la encontró. Yo no.

Aquí estoy, cumpliendo mi promesa. *(Saca de su bolsillo una bolsita, la abre y muestra dos frutos de quebracho colorado.)* Clelia y Vicente, los dos con semillas. *(Señala uno de los frutos.)* Cayetana era la más chica de los hermanos, tenía cuatro años cuando fue lo de Clelia. Ella tenía nueve y era experta en cazar tatú mulita. “Vaya a buscar para la olla”, le decía su mamá, y ella siempre volvía con la comida para toda la familia. Se había hecho amiga de Simón Gorosito que tenía dieciocho y con él se la vio por última vez en el fondo viejo de salvajismo, así lo llamaba su madre porque allí habían curtido a latigazos al gaucho Altamirano y habían incendiado su casa donde vivía con la mujer y los hijos. Dicen que entró en esos contornos de sacrificio enorme, en esas ruinas miserables y desapareció. Nadie los ayudó a buscarla porque el muchacho era hijo de Juan Zapata, el contratista de La Sarnosita. Y nunca la encontraron. Su madre no volvió a decir palabra, tal vez porque no se lo perdonó. Desde entonces era ella la que salía a buscar comida y volvía siempre con un tatú mulita. A veces tardaba varios días en volver. No sé, tal vez yo tenga algo de Clelia. *(Levanta el otro fruto.)* De Vicente no llegó a contarme nada.

Dicen en Fortín Olmos que se fue, algunos dicen que a buscarme, otros que se ahogó en la última inundación, debajo del puente roto, pero yo sé que no. Vine a cumplir mi promesa así que voy a plantar a Clelia y Vicente. Y también *(Saca de su mochila una maderita con el nombre de Cayetana grabado.)* voy a poner el nombre que falta en el Nuevo Monte.

Marcela sale. La luz del taller se apaga para siempre. La luz exterior se enciende dejando ver el paisaje a través de la gran ventana.

Merceditas Elordi es actriz, directora teatral, dramaturga y gestora cultural. Radicada en Buenos Aires desde 2010, ha participado en Festivales Internacionales de Teatro en Colombia, Italia y España. Recibió los premios Estrella de Mar, Derechos Humanos en Escena y Vilches. Graduada en la UNMDP, realizó el Posgrado en Gestión y Comunicación en Políticas Culturales en FLACSO. Es socia de APDEA, integrante de La Colectiva de Autoras y DRAMAR, Dramaturgas marplatenses.